

## EL CALOR DEL VIEJO

Lo es el recuerdo.

Sin calor no se vive.

La vida es calor, como el trabajo, y el frío muerte, como la holganza.

Cuando todo se le vuelve hostil y no puede aspirar a nada remueve el montón de sus cenizas en busca del rescoldo milagroso que le haga sentir el calor de la continuación o de la resurrección.

Es un estado singular. Todo se le va, se le escapa todo y en su soledad siente la tibia templanza de la brasa que es más bien ceniza no apagada, anuncio más que anticipo de la nueva vida, rescoldo santo que le conforta la espera de la transformación que le aguarda, sopro milenario o tenue lucecilla que necesita para el acto resurreccional.

Por triste experiencia sabe que todo acaba. Cada día le trae la confirmación de un final, la renuncia propia aceptada con indiferencia o el abandono ajeno que ni siquiera siente. Le queda lozano su mundo interior mientras conserva la razón y cuanto más imperceptible se le hace el contorno o más hiriente se le torna, más frondoso encuentra el jardín de sus evocaciones.

El fallo de los sentidos se le compensa con la exaltación de los sentimientos, cosa que no ve el indelicado mundo circundante, porque es el alma, invisible e impalpable, la maceta de la flor naciente y no es la calleja evocada o la mellada esquina en que se tropezó, es lo que se ve con el alma en ellas, lo que nos dicen y nos hacen sentir, lo que ante ellas pensamos.

Venturosos recuerdos que hacen placenteras las noches desveladas del dolor y amorosas las madrugadas solitarias; no tanto por retornar impetuosas las corrientes de más pujantes horas como por reverdecer la ilusión frustrada, motivo siempre esperanzador y de recreo vivencial inextinguible.